

WILHELM VON HUMBOLDT, ÁNGEL AMOR RUIBAL Y ANTONIO DOMÍNGUEZ REY*,

Manuel Jiménez Redondo

1. Estoy muy agradecido por la invitación a este acto de presentación del último libro del profesor de la UNED y viejo compañero mío, Antonio Domínguez Rey, *Ciencia, conocimiento y lenguaje. Ángel Amor Ruibal (1869-1930)*, y ha sido realmente un placer leer este libro.

Como indica el título, este nuevo libro de Antonio Domínguez Rey versa sobre la obra lingüística de Amor Ruibal, es decir, sobre los dos tomos de *Filología comparada* de Amor Ruibal, publicados en 1904 y en 1905 y sobre la larga introducción de ciento treinta y siete páginas que Amor Ruibal escribió a su traducción de *Principios generales de lingüística indoeuropea* de P. Regnaud, publicada en 1900 (un texto de 52 páginas frente a las 137 de la introducción). Esto es casi toda la obra lingüística de Amor Ruibal, pues todo lo demás que conocemos de él sobre asuntos de lenguaje, o bien son cosas menores, o bien puede que fuesen cosas importantes, pero están perdidas; por ejemplo la gramática aramea con la que ganó un premio en Leipzig, cuando tenía unos veinte años de edad. Cuando Amor Ruibal escribe su introducción al libro de Regnaud, tiene poco más de treinta años de edad y cuando escribe su *Filología comparada* anda por los treinta y cinco. En esa época se cierra, por lo que parece, su obra filológica. A los cuarenta y cincuenta años de edad, Amor Ruibal se dedica más bien a lo que es su

* Texto leído en el Ateneo de Madrid el 10 de abril de 2008 con motivo de la presentación del libro de Antonio Domínguez Rey, *Ciencia, conocimiento y lenguaje. Ángel Amor Rubial (1869-1930)*, Spiralía Ensayo/UNED, Madrid, 2007.

obra de filosofía y teología *Problemas fundamentales de la filosofía y del dogma*, que él no llegó a publicar completa: muere en 1930 a consecuencia de un accidente de tráfico, alguien le atropelló en Santiago de Compostela.

La existencia de este lingüista y pensador y teólogo gallego, no demasiado larga, transcurre toda ella antes de la Segunda República y de la Guerra Civil, que para mi generación han sido los grandes acontecimientos en la historia de España del siglo XX, no vividos por nosotros, pero determinantes a la hora de darnos razón de lo que han sido nuestras vidas en general y sobre todo, y en particular, nuestras trayectorias académicas, si se me permite esta expresión. Por otro lado, Amor Ruibal tampoco parece interferirse mucho en lo que sin duda han sido para nosotros otros referentes muy básicos, como son las generaciones literarias de fines del siglo XIX y del primer tercio del siglo XX, o las generaciones de científicos, historiadores, lingüistas y filósofos de los años 20. He tenido la impresión de que Amor Ruibal fue un personaje solitario en este sentido, aunque me parece que se puede decir que él mismo logra crearse en Santiago de Compostela un entorno de interesados en su obra. Pero tengo también la impresión de que ese entorno, si no se extingue con él (pues los discípulos siguieron publicando sus escritos inéditos y siguen mencionándolo), sí que en muy buena parte se desdibuja al desaparecer él. En lo que se refiere a su obra filosófica y teológica, puede que ese aislamiento viniese determinado por su condición de clérigo; también Zubiri era un clérigo, y creo que quizá eso explique que Zubiri lo conociera y desde luego lo leyera.

Quizá sea más difícil de explicar el aislamiento de la investigación lingüística española, o madrileña, o barcelonesa, en alguien como Amor Ruibal, tan capaz de introducirse él solo desde muy joven en los círculos de los lingüistas europeos. Quizá esto se explique porque en España todo lo determinado por Menéndez Pelayo y después por Menéndez Pidal, y también todo lo que se hace en Barcelona, se mueve en un ámbito de lenguas y responde a unos intereses de investigación que no es propiamente ni el campo en que se mueve Amor Ruibal ni son los intereses de investigación a los que la obra de Amor Ruibal responde. Él está más cerca de lo que representa el Instituto Bíblico de Roma, o los institutos europeos de lenguas orientales,

que de lo que representan la escuela de Madrid o las escuelas de Madrid, o los lingüistas de Barcelona. Sus referentes son siempre el egipcio, el copto, el sánscrito, el persa, el griego y el latín, el hebreo, el arameo y el árabe, mientras que los representantes de las escuelas de Madrid y Barcelona se mueven más bien en el terreno de lo hispano-latino o de lo hispano-árabe. Pero creo que no es solamente eso. Se trata también de que, en conjunto, su trabajo se orienta directamente por Humboldt, cosa que no ocurre en el grueso de la lingüística española de ese momento.

En el mes de noviembre de 2007, en Rianxo, en unas jornadas sobre filosofía, hermenéutica y traducción, hicimos una presentación de este libro de Antonio Domínguez Rey, pero sucedió que la publicación se retrasó un poco, y hubimos de hacer la presentación programada del libro sin el libro y sin haberlo leído. De modo que voy a empezar repitiendo lo que dije en Rianxo, porque creo que sigue viniendo a cuento, y después lo completaré con las conclusiones que he sacado de la lectura del libro.

2. Yo, desde hace ya muchos años —decía yo en Rianxo—, desde hace más de treinta y tantos años, tengo los tomos VII, VIII, IX y X de los *Problemas fundamentales de la filosofía y del dogma*, que son de una edición de 1934, una fecha bien significativa en nuestra historia, la historia de la fractura de la convivencia civil a la que seguiría la Guerra Civil de 1936, que con toda la actual discusión sobre la ley de la memoria histórica, sigue en danza en la memoria colectiva. No he podido leer por el momento el libro de Antonio Domínguez.

Creo que Antonio me ha invitado a participar en esta mesa —en la de Rianxo de entonces, y en la de aquí, en Madrid, ahora— porque sabe que desde hace más de treinta y cinco años no me es desconocida la obra de Amor Ruibal, pues esos libros me los regaló él. Yo leí estos tomos de Amor Ruibal, y unos textos que se habían publicado en la Biblioteca Hispánica de Filosofía, al mismo tiempo que *Sobre la esencia* de Zubiri, y di por sentado —además de que esto se decía— que la influencia de Amor Ruibal sobre Zubiri había sido grande, o por lo menos di por sentado que pertenecían a un mismo contexto.

Yo, como muchos otros de mi generación, nos educamos en la escolástica, y durante mi época de estudiante deserté rotundamente de la escolástica, me dediqué a estudiar por mi cuenta otras cosas, y a meterme en otros muchos sitios. En casa de Antonio Domínguez Rey estudiamos el libro de Manuel Sacristán *Introducción a la lógica y al análisis formal* y también el libro *Introducción a la lógica moderna* de David García Bacca; después yo estudié a fondo, mientras hacía el servicio militar, el libro de Hilbert y Ackerman *Elementos de lógica teórica* completo.

Yo había aprendido alemán con unos familiares míos emigrantes en Alemania y recuerdo que, mientras yo leía estas cosas de Amor Ruibal y de Zubiri con el profesor Carlos Baciero, me introducía en Kant y en Leibniz, casi memorizaba en el Metro de Madrid el *Tractatus* de Wittgenstein, asistía en el Instituto "Fe y Secularidad" a los famosos seminarios del profesor Álvarez Bolado sobre la *Fenomenología del espíritu* de Hegel y asistía también sin perderme uno a los cursos de Zubiri en la Sociedad de Estudios y Publicaciones; hubo algún solapamiento con los cursos de Álvarez Bolado y recuerdo que a éste no le gustaba mucho que dejásemos de asistir por ir a escuchar a Zubiri.

Zubiri ha sido uno de los hombres que a mí más me han abrumado. Me hubiera gustado saber tanto y tan bien como él. Por eso, mientras estudiaba filosofía, me puse a hacer además ciencias, y estudié física teórica. Ahí conocí el mundo de Alberto Dou, Abellanas, etc., es decir, de los matemáticos y físicos de Madrid. Y ya cuando se me acabó el tiempo, me fui a la mili. Era cuando mataron a Carrero Blanco. Al acabar el servicio militar, uno de los profesores de Madrid que me había visto con el libro de Kant en la mano y con libros de Leibniz, también con la *Filosofía del Derecho* de Hegel, me dijo que si quería irme con él de ayudante. Me consiguió una beca para estudiar lo que se llevaba, no propiamente el marxismo, porque yo había llegado a la conclusión de que todo eso de la Europa del Este era "franquismo" ("Fascismo y comunismo son la misma cosa", leí después en *Minima Moralia* de Adorno), pero sí "teoría crítica de la sociedad", heredera de Marx y de Weber, y pensamiento socialdemócrata y radical-demócrata alemán. Fue cuando acabé estudiando con Habermas y convirtiéndome en traductor de

sus obras. Estando con mis familiares en Alemania, me compré, aparte de otros libros, *Ser y tiempo* de Heidegger, e hice el primer intento de leerlo, y lo leí. *Ser y tiempo*, la *Crítica de la razón pura* y el *Tractatus* fueron los primeros libros de filosofía que leí en alemán. De *Ser y tiempo* entendí muy poco, pero entendí algo. Éstos son algunos de los ingredientes, si no recuerdo mal, de mi formación como profesional de la filosofía.

Con la escolástica rompí, desde luego. Y pese a la admiración de fondo hacia Zubiri, yo creo que rompí también con Zubiri, aunque no creo que pueda hablarse así; más bien sucedió que yo, de Zubiri, me olvidé; también de Heidegger y, por supuesto, de Amor Ruibal. Me olvidé de Amor Ruibal pese a que había hecho un trabajo sobre él con Carlos Baciero, es decir, que esos tomos de *Problemas fundamentales de la filosofía y del dogma* llegué a sabérmelos bastante bien. Y sé que fueron unos textos que me gustaron.

En el contexto de los temas de Habermas, es decir, en el contexto del pensamiento político centroeuropeo, volví a dar en los años 80 con Heidegger. Volví a dar sobre todo con los temas de la segunda parte de *Ser y tiempo*, relacionados con el concepto de libertad, de la existencia como consistiendo en un más-allá de sí misma, como consistiendo esencialmente en la posibilidad de también no ser, como referida a su no-ser, referencia de donde dimanan la libertad y la mismidad. Me puse a traducir *Ser y tiempo*, que lo tengo traducido, y a través de Heidegger retorné más intensamente a Hegel, cuya *Filosofía del derecho* había y ha estado siempre presente en mi docencia y en mi trabajo. Y al ocuparme de Heidegger se me hizo obvio lo evidente, a saber: que en el contexto de Husserl, con la disección a la que Husserl había sometido la idea moderna de sujeto, empezaban a vislumbrarse temas olvidados en parte desde Grecia, y a los que en cierto modo también Hegel respondía.

Conforme a lo que expone Husserl en la famosa conferencia que pronunció en Viena en 1934, Descartes y el empirismo aparecían como un vuelco del elemento griego de la cultura occidental, vuelco que en su propio desenvolvimiento, aparte de haber concluido en un hundirse en el propio abismo en que ese vuelco consistía, constituía intelectualmente, él de por

sí, una invitación a repensarse desde los propios orígenes griegos. Esto era Heidegger, por más que Heidegger se hubiera hundido él mismo en el hoyo.

Y ahí volví yo a encontrarme con este personaje que era Zubiri. Porque cuando Heidegger está haciendo esto, o está al menos planteando las cosas así, aparece por Friburgo un sorprendente profesorcito de Madrid, pálido y minúsculo —dicen que un poco engreído— y que venía de Lovaina de estudiar escolástica, pero que acabó haciendo la tesis doctoral sobre Husserl —que lo había metido en la universidad Ortega y Gasset— en la que se da cuenta de que, si de lo que se trata es de volver a repasar Grecia y la tradición desde la problemática abierta por Husserl, él está mucho más preparado para ello que el propio Heidegger, o al menos no peor preparado que Heidegger.

Zubiri es inicialmente un clérigo, que conoce a fondo la filosofía griega en griego, la latina y la moderna, y que al contacto con Husserl, al contacto con el centro mismo del pensamiento contemporáneo, o con uno de los principales centros del pensamiento contemporáneo, sabe entender perfectamente y se da cuenta de que tiene un bagaje que no es que tenga que rentabilizar, porque la expresión “rentabilizar” no me gusta, sino que tiene un bagaje que desde Husserl se ve en su justa importancia. Y además sabe mucha más ciencia moderna que Heidegger, aunque éste, que estudió filosofía y ciencias físicas, y que se hacía explicar los nuevos descubrimientos en ciencias físicas por Carl-Friedrich von Weizsäcker, un discípulo de W. Heisenberg y premio Nobel de Física, sabía mucha más física que casi todos sus críticos científicos hispanos y europeos. Zubiri tenía un bagaje que nosotros, que no teníamos ni idea de Husserl, ni de ese bagaje propiamente dicho, ni tampoco de Heidegger de verdad —repetíamos los temas de la *Carta sobre el Humanismo* en plan un tanto necio, cosa de la que yo salí también corriendo—, no supimos recibir de quienes en aquel momento estaban ofreciéndonoslo. Y ahí quedo ese bagaje en el aire, o se perdió. Creo que en buena parte por desgracia se perdió, como también se perdió el latín, el griego o el hebreo, pérdidas que hemos considerado —o al menos ya la generación posterior a la nuestra ha considerado— una obviedad, hasta

que vamos a Francia y nos encontramos con las correspondientes espléndidas escuelas normales superiores.

La deserción de la escolástica fue una ruptura de tradición, pero resulta que identificamos a esta gente (quiero decir, a Amor Ruibal y a Zubiri) con la escolástica, con aquello de lo que huíamos. Y así, nos quedamos sin profesores que nos enseñasen pensamiento contemporáneo y que nos den el bagaje que ellos poseían en abundancia y que empezaba a ser necesario para entender el pensamiento moderno, para entender el pensamiento moderno en relación con la ciencia moderna y para entender el pensamiento moderno desde el antiguo. En buena parte, la introducción al pensamiento contemporáneo hubimos de emprenderla casi solos o ayudados por unos pocos miembros de la generación anterior —por el profesor Manuel Garrido, por ejemplo— y casi solos hubimos de aprender a transitar por la filosofía analítica del lenguaje, la teoría crítica, la hermenéutica y el pensamiento francés, pero ignorando mucho de lo que teníamos al lado, casi al alcance de la mano, que, siendo de lo mejor de nosotros, se nos había convertido en extraño.

Desde el año 2000 en adelante organizamos un seminario en Valencia con la intención de leer la obra de Zubiri; era una vergüenza no conocer aquello, y por lo menos la hemos leído entera. Es ahí donde casi era natural que me reapareciera el nombre de Amor Ruibal.

No conozco —hablo del acto de Rianxo— el libro que estamos presentando, Antonio Domínguez no me lo ha enviado. Y las nuevas obras completas las he adquirido este año. Y los dos tomos con los *Problemas fundamentales de la filosofía y del dogma*, editados por Saturnino Casas en los años 70, pertenecen a aquello que sólo un poco después, en el 74, año en que yo me fui a Alemania con una beca, dejó de interesarme. Por tanto, lo que voy a decir quizá sea sólo una tontería. Amor Ruibal pasa del griego a interesarse por la lingüística indoeuropea en general; y del hebreo a interesarse por las lenguas orientales en general, es decir, al campo de la filología comparada en general. Zubiri creo que lo sigue en eso, si es que lo conoció. Y desde la escolástica y con ese impresionante trasfondo de conocimiento filológico, Amor Ruibal practica un desmontaje completo de la escolástica y de

la filosofía moderna en el sentido de que en ese desmontaje empieza ya a resonar lo que en medios husserlianos era el retorno a Grecia y a la tradición desde la problemática suscitada por Husserl.

Pues bien, a mí se me impone cada vez más un paralelismo entre esta figura y la figura de Franz Brentano (1838-1917), cura católico también, sin el cual, desde luego en el contexto de Husserl, no hubiera sido posible Heidegger. Ahora bien, entre Brentano y Amor Ruibal hay una diferencia de treinta y un años, toda una generación. El peso de la lingüística se ha vuelto más determinante, y me parece que es ya la generación de Amor Ruibal y gente como Amor Ruibal, la que estaba ofreciendo aquello que la generación de Heidegger y Zubiri salen a buscar. Nosotros de esto ni nos enteramos, para nuestra desgracia. Al menos tenemos el consuelo de enterarnos de todo esto cuarenta años después de cuando debimos enterarnos. Pero claro, vivimos donde vivimos.

3. Esto decía yo en Rianxo en noviembre de 2007, pero ahora sí he leído a fondo el libro de Antonio Domínguez Rey.

El libro está escrito por un poeta, por un lingüista y por un filósofo, y también por un gallego, pero no en gallego. Esto me parece que no es problema para Antonio Domínguez. Por tanto, dejémoslo estar.

Además, este libro de Antonio Domínguez Rey es sobre Ángel Amor Ruibal lingüista y Ángel Amor Ruibal filósofo, pero Amor Ruibal es aquí un pretexto. Yo creo que, si de este libro se borrarán todas las referencias a Amor Ruibal, el libro seguiría siendo íntegramente el mismo o por lo menos casi el mismo.

Digo que Antonio Domínguez Rey es un lingüista, un filósofo y un poeta. Es un lingüista, que, por lo que he podido ver, ha entrado perfectamente bien en Humboldt y desde Humboldt interpreta las dos tradiciones de teoría lingüística dominantes en el siglo XX, en todo caso en la segunda mitad del siglo XX: el estructuralismo proveniente de Saussure y la lingüística generativa de Chomsky. Y desde Humboldt interpreta también todo lo que viene de ellas y todo lo que se ha desarrollado en torno a ellas, pues no hace falta ponderar la decisiva influencia que el estructuralismo lingüístico ha tenido

en la antropología y en la psicología y, a través de la antropología y la psicología, en la filosofía.

Este libro, después de las introducciones, empieza propiamente con una enigmática cita de un escrito de Humboldt de 1820: "*En esto* está, pues, la clave de bóveda de la lingüística, su punto de unión con la ciencia y el arte"; a este "en esto" se lo circunscribe y se le da nombre en varias ocasiones a lo largo del libro, e incluso el libro se cierra con una parte final que consiste en una magnífica evocación de la idea de Ortega de "el predicado a la búsqueda de un sujeto". Yo creo que a Antonio Domínguez Rey este "en esto", este *pro*, este espacio pronominal, antes de dar nombre a aquello a lo que el "en esto" se refiere, casi se le ha convertido en programa, como veremos. Lee a Humboldt desde las corrientes de teoría lingüística contemporánea y a éstas desde Humboldt, y, al hacerlo, muestra cómo éstas vienen de Humboldt y de todo lo que representa Humboldt; y cómo su lugar propiamente dicho, su lugar de verdad, está allí donde humboldtianamente se unen lingüística, filosofía y arte. Esto convierte el libro de Domínguez Rey en un libro de una deslumbrante originalidad, en el triple sentido de tener siempre presentes los orígenes de la lingüística, de tener siempre reflexivamente presentes el lugar al que ésta pertenece y lo que ésta debe ser, y en el sentido de que es difícil encontrar en el panorama de la investigación lingüística actual en España libros de este conocimiento histórico y de este calado conceptual.

Pero Domínguez Rey, aparte de lingüista es también un filósofo, y el calado conceptual de su trabajo en lingüística se debe también a eso. En filosofía contemporánea se han vuelto esenciales tres grupos de referentes. Primero, el que representan Hamann, Herder y Humboldt. Segundo, el que representan las corrientes resultantes del vuelco que se produce en lógica y en fundamentos de la matemática desde fines del siglo XIX, a las que pertenecen nombres como los de Frege, Russell, Wittgenstein y Quine. Y tercero, todo lo proveniente del *Curso de lingüística estructural* de Saussure. Estos tres grupos de referentes tienen que ver con que en la filosofía moderna y contemporánea, paulatinamente, los conceptos de la "filosofía de la conciencia" o de la "filosofía del sujeto", los de Descartes, el racionalismo y

el empirismo europeos, que habían sustituido a los conceptos básicos de la tradición ontológica, han ido quedando sustituidos a su vez por conceptos concernientes al lenguaje.

Pero Antonio Domínguez Rey no se deja obnubilar por ese tipo de clasificaciones sumarias, conforme a las que la filosofía, en su historia, primero habría sido metafísica, después teoría del conocimiento y filosofía de la conciencia y, finalmente, tanto la metafísica como la teoría del conocimiento habrían quedado disueltas en filosofía del lenguaje, de modo que lo que la tradición quiso realizar como metafísica y lo que Descartes, el racionalismo francés y el empirismo inglés transformaron en filosofía del conocimiento y del sujeto, vendría a cumplirse en la filosofía del lenguaje. Precisamente, Domínguez Rey recurre a uno de los grandes de la filosofía del sujeto, a Edmund Husserl, y desde dentro de él, sin moverse de él, y, por así decir, viendo salir de él a Humboldt, y muestra cómo la filosofía del sujeto es filosofía del lenguaje y la filosofía del lenguaje es filosofía del sujeto en la expresión más rica y rigurosa que la filosofía del sujeto ha tenido en el siglo XX. La filosofía, desde Heráclito a Wittgenstein, pasando por Leibniz, Kant y Hegel, ha sido siempre ciencia de la lógica, ciencia del *logos*; y uno de los méritos de este libro es ponerlo brillantemente a la vista, y lo hace recurriendo a los mismos referentes lógicos y lingüísticos a los que recurre el pensamiento contemporáneo a la hora de dar razón de sí mismo. Este libro, pues, aparte de ser un brillante libro de lingüística, es un gran libro de filosofía del lenguaje, por el que hay que felicitarse.

Y por último, Domínguez Rey es un poeta. La existencia humana es la clase de ente que se caracteriza por venirle abierto el mundo, y el arte — dice Heidegger— tiene la función de abrir la apertura, de hacer ver la apertura, de quedarse a sí misma a la vista la existencia humana en ese su carácter de venirle abierto mundo. El arte es el verse a sí misma esa apertura. De esta apertura nace la palabra, y la gran poesía o la mejor poesía tiene que ver con esta apertura de la apertura, con el mostrarse a sí misma la palabra como estando en el centro del venírnos abierto mundo. Éste es el “en esto” que decía Humboldt, en que se unen la lingüística, la filosofía y el arte; es, por tanto, al final donde Domínguez Rey disipa el enigma del “en

esto" de la cita de Humboldt con la que se inicia el libro. La gran poesía o la buena poesía, como arte de la palabra, es el lugar, es la palabra, en que la palabra se pone a la vista a sí misma en ese su carácter de estar en el centro del venir abierto mundo a la existencia humana. Y ese lugar tiene que ser un punto en el que se unen, desde luego sin confundirse, pero en el que se unen el decir poético, los conceptos de la lingüística, al menos los más básicos, y los conceptos de la filosofía. Antonio Domínguez Rey, en este libro, es un lingüista y un filósofo que se mantiene constantemente en la cercanía de ese punto, también humboldtianamente. El lenguaje poético no es entonces para el lingüista Domínguez Rey lo aberrante y anómalo respecto del lenguaje ordinario; el lenguaje poético es lo originario que subyace a toda otra forma de lenguaje. Esta tesis subyace y resuena en buena parte de lo que Antonio Domínguez Rey dice.

De modo que este libro no es sólo, como he dicho, un original y aun deslumbrante estudio de lingüística, y un excelente tratado de filosofía del lenguaje, sino también una preciosidad, en el sentido de esa cercanía al gran arte, al gran arte de la palabra, que se respira siempre que uno entra en Humboldt.

Por último, he dicho que la referencia a Amor Ruibal sólo le sirve a este libro de pretexto para ser el buen libro que es, y he dicho también que el libro podría ser casi por completo lo que es, sin referencia a Amor Ruibal. La obra del gallego Amor Ruibal es para el gallego Antonio Domínguez Rey un pretexto, ciertamente; pero es un muy señalado pretexto. He dicho antes que a mí Amor Ruibal me sonó siempre a Brentano, si no fuese porque Amor Ruibal es de una generación siguiente que ya está dando lo que, por ejemplo, Heidegger y otros habían salido a buscar. Y esto explica la clase de pretexto y de ocasión que para Domínguez Rey es Amor Ruibal. También Amor Ruibal parte, *primero*, en definitiva de Humboldt; *segundo*, lo hace en dirección hacia el estructuralismo y el generativismo lingüísticos anticipándolos —o paralelamente a ellos— en importantes aspectos, pero entendiendo ello siempre desde Humboldt o desde lo que Humboldt representa; *tercero*, el lingüista Amor Ruibal, desde el espíritu de Humboldt, se ve llevado a una ineludible deconstrucción de la tradición ontológica y de la filosofía del

sujeto, o de la filosofía del sujeto y la tradición escolástica en la que había crecido, dando con muchos temas de Zubiri, por tanto de Husserl y, en todo caso, de Heidegger; y *cuarto*, Amor Ruibal típicamente hace esto manteniendo siempre la proximidad al texto bíblico entendido en el contexto de la mística y de la gran poesía oriental, es decir, lo hace manteniendo la proximidad a la palabra que busca abrir esa apertura o que se refiere a esa apertura en cuyo centro está la palabra; en Amor Ruibal se ve siempre esta proximidad a la palabra poética, típica, quizá, de los orientalistas. Pues bien, yo creo que Domínguez Rey ha visto que lo que de todos modos él quería hacer o le iba por la cabeza hacer, en la obra de Amor Ruibal se demostraba que podía hacerse y que la obra de Amor Ruibal era una anticipación de ello y un desafío a hacerlo precisamente de la mano de ella. Y es lo que ha hecho en este precioso libro.